

# Alejandría

Opinión



RELOJ DE SOL

Joaquín Pérez Azaústre

**EL DÍA DE CÓRDOBA, martes, 10 de abril de 2007.**

Hace justamente una semana Los Pedroches volvió a ser territorio de luces contrapuestas, de voces a la espera del ahora, de una celebración tan merecida como los buenos libros merecen buen destino: el buen lector, o sea. Hace justamente una semana, un grupo de escritores nos reunimos en Villanueva del Duque para abrazar a Alejandro López Andrada como amigo y como autor, lo que en el caso del villaduqueño viene a coincidir, especialmente, porque ninguna otra poética como la de Alejandro se nos muestra capaz de ir perfilando un hilo constante de afectos mantenidos. Precisamente por eso, nos reunimos allí Juana Castro, Carlos Clementson, Antonio Rodríguez Jiménez, Juan Manuel de Prada, Javier Vela, Francisco Onieva y quien les escribe, más las adhesiones postales de Julio Llamazares, Antonio Colinas y Camilo José Cela Conde, para ponderar la calidad tremenda de Alejandro no sólo como poeta de la naturaleza, o como narrador de una delicadeza moribunda, sino como el hombre que es, apegado a la tierra con sus manos durísimas, preparadas para el sufrimiento y la briega, capaz de adelantarse a un día de lluvia y sentir cómo otros, tiempo atrás, pudieron construir chozos de ramas, horneando pan de tomillo en medio de unos bosques espectrales, con esas mismas manos que antes fueron también manos rudas de campo, manos fuertes, pero capaces, también, de la belleza en la palabra viva.

Hace una semana, se vivió en Villanueva del Duque algo ciertamente excepcional: un autor en la plenitud de su obra era homenajeado por sus propios paisanos, que quizá no se han leído toda la obra de Alejandro –escritor prolífico y fluvial, desbordante de imágenes y pulso– pero lo conocen, seguramente, mejor que el mejor de sus lectores. Mucho o todo tiene que ver, en los días hermosos que se vivieron hace una semana en Villanueva, la alcaldesa Marisa Medina, que ha sabido arropar al escritor canalizando el entusiasmo de su vecindad. Como expuso brillantemente Clementson, Alejandro ha dado carta de naturaleza literaria a un territorio que, antes de él, no la poseía: ha convertido Los Pedroches, a partir de sus primeros versos, en un itinerario sentimental, novelado y poético, que ya es universal, por ancho y lúcido. Alejandro, en su tierra, es el escritor más conocido, más querido, y ahora es, además, Hijo Predilecto. Qué regalo recíproco, qué generosidad correspondida a lo largo de años de inquietud, de pasión blanca, de su pueblo para Alejandro y de Alejandro a su pueblo: si uno convierte su valle en territorio mítico, si le da esa carta de naturaleza literaria, y allí es el escritor más importante, ya ha saldado sus cuentas con el mundo.